

El Sagrado Corazón de Jesús es manifestación del amor de Dios. La historia de Dios con el hombre es una historia de amor. “Regocíjate, Jerusalén. El Señor tu Dios en medio de ti”. Pocos momentos tan gratos al mensajero de Dios, como el de anunciar el perdón y la restauración del pueblo, simbolizada en Jerusalén. Por eso canta: “Regocíjate, no temas; Dios te ama y te salva”. Esta tarde se nos invita a la alegría mirando ese final con fidelidad y vigilancia. Ya desde ahora podemos alegrarnos por lo que sucederá en el futuro, apoyándonos en Dios: “El Señor se goza y se complace en ti, se alegra con júbilo como en día de fiesta”. Vivimos en espera y esperanza. No debemos bajar los brazos y desfallecer en la incredulidad y la desconfianza, preguntándonos si Dios mantendrá su promesa o no. Dios es siempre fiel.

Mientras no percibamos el latido del Corazón de Jesús, la salvación no será la urdimbre del tapiz de nuestra historia. Celebrar el Sagrado Corazón de Jesús, es dirigirse hacia el centro íntimo de la Persona del Salvador, donde está la sede del amor que nos ha redimido, donde habita toda la

plenitud y en el que recibimos gracia tras gracia (Col 2,9). La devoción al Corazón de Jesús conlleva dejarse acompañar por Él; supone confiarse a sus manos, pues somos infinitamente queridos y esperados, y entender que el amor de verdad no supone conquista, sino entrega a los demás.

Así lo refleja la visitación de María a Isabel, un ejemplo de encuentro gozoso y de comunicación de la salvación de Dios. El pasaje del evangelio presenta a María como “la salvación en camino”: en camino porque está llegando; y en camino porque encontrarse con la salvación es iniciar un proceso de auténtica pasión por Dios. Nuestra apertura a Dios, a su palabra, a sus planes, a ejemplo de Cristo y María, es el paso previo para que la salvación encuentre acogida en nosotros.

María es la portadora de Jesús. Ella iría conversando con el hijo de sus entrañas, mezclando ilusiones y preguntas, sueños y ansiedades. Después llega el santificador y gozoso encuentro con Isabel: “En cuanto esta oyó el saludo de María, la criatura saltó de alegría en su vientre y se llenó del Espíritu Santo”. Fue un encuentro profético: Isabel, llena del

Espíritu Santo, sabe que la salvación no es ajena a la fe, y por eso saluda a la mujer que tiene ante sí como a la testigo de la fe perfecta, en virtud de la cual Dios ha podido cumplir su promesa anunciada desde antiguo. “Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”. La fe se hace gratitud de alabanza. “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”. La salvación se hace esperanza y misericordia: “Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación...”.

Que la salvación nos encuentre acogedores y disponibles, dispuestos y generosos para con los planes de Dios, como María e Isabel. El profundo misterio de la existencia cristiana consiste siempre en esta colaboración de Dios con los hombres y de los hombres con Dios. Contemplemos a María porque es la vía real por la que ha venido a nosotros el Salvador. Vayamos al encuentro de Él por el mismo camino por el que Él ha venido a nosotros como dice san Ambrosio. Ahora en la Eucaristía vamos al encuentro de Jesús con María. Vivamos el espíritu de María para alegrarnos en Dios nuestro Salvador.